

PUBLICACIONES *Cinema*

HEINRICH GEORGE  
HEINZ VON PLEVE  
VIKTORIA VON BALLASKO

50  
(CENTIMOS)



en

Baile en el Metropol

# Baile en el Metropol

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO COMBRE

INTERPRETADA POR

**Heinrich George**

**Heinz von Cleve**

**Viktoria von Ballasko**

DIRIGIDA POR

**FRANK WYSLEAR**



PELICULA DISTRIBUIDA

POR

**HISPANO-ITALO-ALEMAN-FILMS**

## BAILE EN EL METROPOL

Corre la primera década del siglo XX, aquella en que las damas peinaban balumbos de pelo grasiendo y cubrían sus torturadas intimidades con los rescoldos del miriñaque, y los caballeros tenían a honor presentarse con bigotes monumentales engomados con savia romántica.

Año de 1910, en fin.

Por una de las magníficas carreteras que cruzan la campiña de los alrededores de la capital del Imperio alemán, avanza un carricoche con dos viajeros.

Uno es anciano y obeso, fuerte todavía, con cara enorme de león, cruzada por bigotes descomunales. Es Karl Rudolf von Waltzien, honroso vástago de la noble e histórica familia de los Camarlenzo.

El que le acompaña es su sobrino, Ederhard von Waltzien, es joven y apuesto y su rostro no tiene, como el de su tío, ni la sombra de unos bigotes ni la que esparce la reflexión experimentada de los años, por el contrario es limpido y lleno de vida y alegría. Avanzándonos en el sondeo de sus sentimientos podemos adelantar concretamente, que, cuando de faldas se trata, es hombre rendido y capaz de las más perdidas locuras.

Sigue la carrera diplomática por mandato indeclinable de su tío, firme sostén de las tradiciones familiares, una de las preferidas por los Camarlenzo y en la que más se distinguieron y cosecharon honra y laureles.

No es por demás precisar que, con toda su frívola debi-

lidad hacia el bello sexo, que ha despendido hasta ahora con aparente superficialidad. Eberhard tiene una alma propicia a las más puras y hondas emociones y siente alternativas aforanzas de tener un angel, que, al tiempo que sepa reclinar, rendida, la cabecita en su pecho amante, pueda prometerle fidelidad y un hogar feliz.

En cuanto a von Karl o el tío Carlos como le vamos a llamar, fidelísima atalaya, según hemos expresado, del honor y tradiciones familiares, no ha querido someterse en su larga vida a la disciplina hereditaria del linaje para perpetuar el rancio nombre que lleva, llegando a la senectud sin haber constituido un hogar ni creado un descendiente. Aminora, no obstante, su rebeldía confiriendo a sus sobrinos el derecho de apropiarse su cariño, especialmente a su preferido Eberhard, para el que reserva todo el contenido sentimental de su virgin paternidad.

Excusado es decir que se encuentra rayando los sesenta años sin haber claudicado en sus convicciones y más firmes que en sus mozos años, si cabe, en declararse empoderado solterón.

Su rostro expresa toda la felicidad que le produce la vecindad de su sobrino que acaba de llegar a Berlín procedente de la Universidad.

—¿Qué te parece este paisaje?

—¡Espléndido, tío!

—¿Te sientes bien a mi lado? — inquiere el anciano aristócrata inclinándose con satisfacción sonrisa hacia su sobrino para gozar con deleite de la contestación que presenta.

—Debo decirlo, tío?

—Quizás has dejado allá alguna mufieca preciosa que te daría una escolta más agradable que la mía.

—¡Bah, tío... no! ¡Todavía no piso estos jardines con tanta convicción!

—Te conozco; no puedes negarme que eres un tarambana de ley. Claro que no te lo echo en cara como un reproche... haces bien en darle actividad al corazón ahora, porque después ya, por mucho que hagas y embalsames, será inútil, se te marchitará. Con todo, es preciso saber sortear las circunstancias con elegancia y no perder de vista la bitácora que señala el rumbo.

—¡Naturalmente! — exclama Eberhard celebrando con placer las jugosas prevenciones de su tío.

—Porque, bien sabes que el más ligero traspés sería bastante para dar al traste con tu carrera y no debes olvidar que estoy esperando con verdadera impaciencia el día en que vestirás el frac de diplomático como lo hicieron tus ascendientes.

—No temas, tío... ¡Ah! y a propósito, ¿Qué se ha hecho de Margarit?

—Se ha casado con Steldendorff, un hombre de merito excepcional que ha sabido conquistarse con honra el puesto de primer Consejero del Gobierno.

Entretenidos en el recuerdo de mis intimidades de la rancia infancia, tío y sobrino regan a su lujosa mansión.

Al mismo tiempo que Eberhard toma posesión de las habitaciones que su tío le destina en su palacio, por una de las anchas avenidas berlinesas avanza con moderada marcha un espléndido coche, cuyo interior vamos a curiosear.

Acomodados indolentemente venimos a un caballero y a una dama: son von Steldendorff, primer Consejero del Gobierno alemán, y la baronesa Margarit, su esposa.

Steldendorff es un tipo alto, severo, extremadamente rigido y reservado, modelo impecable del alto empleado virtuoso y fiel.

De cabeza cuadrada y rostro rasurado que cruza muy de tarde en tarde alguna sonrisa rugaz y apagada, tiene un concepto severísimo del deber y de la disciplina. Es muy estimado por sus superiores, que le distinguen con prendas y rápidos ascensos.

Una particularidad distintiva de su carácter es la de que es extraordinariamente celoso. Ama a su esposa, quizás demasiado para que, dada aquella singularidad intensa y dolorosa, prenda a la descomunalidad conyugal, Margarit pueda vivir sin serios disgustos y frecuentes disputas.

Margarit es joven, seductivamente bella y elegante. Ama, a su vez, con toda el alma a su marido, sin una laguna en su conciencia ni una duda de su corazón a pesar de verse obligada a soportar la dura impertinencia de sus celos.

Se casó con virtud y con ella vive y sostiene estrechamente el hogar.

—Es completamente feliz?

La felicidad no se siente estrictamente por la cantidad de terezas con que quien nos ama nos envuelve; la felicidad es una suma de amor, de respeto, de confianza, de finezas y atenciones; si falla alguno de estos factores, aparecen manchas en el corazón, que, como las del sol, no porque no lo eclipsan, dejan de oscurecerlo y empañar su brillo deslumbrante.

Margarit, pues, tiene sombras y fajas turbias en el corazón, que, sin que apáguen el amor hacia su esposo, le impiden poder irradiarlo pristino como es su deseo. Pero sufre su calvario con la más alta dignidad de una dama consciente de su situación.

Nuestro joven matrimonio se dirige al salón de medias más elegante de Berlín.

—¡Quiero un abrigo que deslumbre! — exclama Margarit.

—Ya sabes que no puedo negar nada a tu belleza, Margarit — confiesa Steldendorff, sosegado y rendido ante la hermosura de su esposa, en este instante en que la tiene a cubierto de toda mirada que no sea la propia.

Al hacer su entrada en el aristocrático salón son recibidas con tal derroche de agasajos y lisonjas por la dependencia, que el peor observador adivina que se trata de chentes de superior calidad y amistad cimentada.

Entre las jóvenes empleadas resalta, no sólo por su modestia y sencillez, no exenta de elegante distinción, sino por el trato que dispensa a los clientes y por la potestad que le otorga el director del establecimiento para hacerlo, una muchacha de unos veinte años llamada Seile.

Bien se ha dicho que los extremos se tocan, porque Seile es con su simplicidad la linda que roza seductoramente el encanto de las grandes y superiores damas esplendorosas de belleza que se banan en caras fragancias y visten riquísimas telas.

Y es esta muchacha la que, como de costumbre, hace los honores de la casa y ofrece a la bella Margarit las últimas creaciones en abrigos de noche.

— ■ —

La aristocrática dama escoge un precioso modelo de superior calidad.

—¡Será la admiración de mis amigas! — susurra a oficios de su esposo, que aprueba, satisfecho.

De vuelta a su casa, Steldendorff sufre uno de sus bruscos ataques de celos. Como tiene conciencia de su defecto y no deja de ver que sus frecuentes ausencias han de producir un forzoso vacío en el alma de su esposa, vive constantemente torturado por todas las dudas de un enamorado.

Estas agudas crisis de celos acostumbran a asaltarle cada vez que sus deberes diplomáticos le obligan a ausentarse de su casa.

—¡Margarit! — irrumpie, ahogado por la pasión y mirando a su esposa con ojos febres. —Me gusta verte feliz con tus ropas, pero estoy observando que frecuentes demasiado estos salones en que la sociedad selecta se reúne para criticar e infamar a sus amistades. "Attachés" y jovencuelos ambiciosos sin talento y deseosos de aventura, no creo puedan, ni deban, producirte solaz.

—¡No te comprendo Steldendorff, pero estoy convencida de que te torturas inútilmente!

—Una dama debe cuidar con toda clase de precauciones sus actos cuando tiene el marido ausente. Me sé bien de qué se llenan estas veladas que no tienen nada de diplomáticas y si mucho de sordamente combativas; y yo no quisiera verte, ni ser víctima, de una mordaz incisión de pésima ley.

—Eres insopportable, Steldendorff; continuare frecuentando estas veladas para convencerte de que sé lo que valgo y debo hacer.

—Mañana parto, Margarit; no sé cuantos días durará mi ausencia. Insisto en decirte que mi tranquilidad no será completa si no te encierras en casa viviendo únicamente de mi recuerdo.

—Si alguien nos estuviese escuchando, podría fácilmente suponer que soy, además de frívola, equívoca de conducta. Comprende que puedo sentirme herida en mi dignidad por tus palabras, aún queriéndote mucho — arguye Margarit con voz dolorida. —Mañana hay recepción en la Embajada inglesa y no creo que cometa ninguna falta de

— 7 —

respeto a tu recuerdo y a la ilusión de verte y al dolor de tenerle lejos si asisto a ella.

—Lamento que con el tiempo que llevamos de casados no hayas logrado todavía ser mi intérprete de mis sentimientos — termina secamente Steldenaorff.

\* \* \*

Nos encontramos en los fastuosos salones de la Embajada inglesa.

Es de noche y bajo las preciosas lámparas de cristal bule lo más selecto de la aristocracia berlinesa.

Los grandes personajes de la diplomacia internacional constituyen el elemento masculino; y el femenino se forma con la belleza en flor y espíritu rocosa de los mejores trajes de la capital del imperio germano.

Van llegando todavía invitados y las antiguas amistades celebran su encuentro con diálogos animados y fugaces.

Al pie de la puerta del gran salón hay un grupo de caballeros irreprochables que cuestionan, sonrientes y galantes, a una damita hermosa y báñullosa que acaba de llegar.

—A sus pies, señorita condesa de Kress — se postra, rendido, un cincuentón que ahora aquellos años en que su apuesta figura habría podido añadir a esta caballerosísima trae la esperanza de un célico salón.

—El encanto de sus sonrisas es lo único que nos ha traído aquí — afirma, sonriendo, otro maduro varón de los circunstantes.

—Estábamos seguros de que no faltaría — añade un tercero, ya joven y apuesto.

—Siempre que piensen así, tratándose de estas reuniones, dígan en lo cierto — replica la bella joven entre risas canoras.

—Tanto la deleita nuestra compañía?

—¡Infinnitamente!

—Y, sin embargo, ¡cuanto añorará usted el ambiente de las fiestas palatinas cuando se encuentra en la mediocridad de estos salones!

—¡Oh, no; esto es mucho más agradable! Yo voto por



Al fondo del salón, que alumbran caprichosas y preciosas lámparas de cristal ...



Apenas la baronesa ve a la simpática y sencilla dependienta...

la modernidad. ¡Los bailes en la corte son demasiado empalagosos!

Y acompañando la frase con un coquetón mohín la elegante condesa deja a sus galanteadores para sumergirse en el esplendor de los salones.

Eva Kressel cuenta veintidós años. Nadie se atrevería a negarle los seductores encantos de su edad, que, aunque realizados indiscutiblemente por una existencia muelle y una porción considerable de ciencia y afeites, no dejan de ser deliciosos y numerosos.

Como acabamos de oír de sus propios labios, admira la modernidad y se regocija practicándola. No es un regalo de talento, pero tiene un carácter vivaz y luminoso que no deja de proporcionarle simpatía sin que por ello llegue a ser una singularidad.

Es muy frívola y poco apta, si exceptuamos la atracción, muy poderosa de su fortuna, para decidir a cualquier varón seriamente dispuesto a constituir un hogar un poco inteligente a llevarla a las sagradas gradas del altar con el velo de las nupcias.

Como es natural y modernísimo en damita tan desocupada, practica el deporte con aptitudes y glorias, destacándose notablemente en el hipismo.

Este damita es, digámoslo de una vez, la que el tío Carlos aspira ver unida perpetuamente con su sobrino Eberhard.

A esta velada selecta no debe faltar, como en ninguna del mismo rango, nuestro hombre, quien llega poco después de la condesa Kressel.

Como goza de generales simpatías y numerosas amistades, y tiene cimentada justa fama de cortés y algo donoso caballero, llueven saludos y apretones de manos a su paso, impidiéndole materialmente avanzar.

De pronto tío Carlos muestra impaciencia por deshacerse de sus efusivos interceptores y todo el tiempo que aún se va precisado a corresponder sus cálidas manifestaciones, no logra quitar la vista impaciente de una de las butacas del fondo del salón, en la que se ve distinguidamente acomodada una bellísima y elegante dama.

Es la baronesa Margarit, a la que le unen vínculos de parentesco.

Apenas puede escabullirse se dirige hacia ella, a la que saluda, y besa caballerosamente la mano, exclamando:

—¡Reitero la expresión de mi placer, como siempre que puedo admirarla!

—Gracias; tempeza a temer que no tendría hoy la dicha de escuchar sus lisonjas, von Waltzien!

—Bien sabe que soy asiduo concurrente a los salones en que aparecen las mejores damas.

—Siempre el mismo solterón enamorado de todas.

—¿Y su esposo? ¿No ha venido?

—No, señor; ha tenido que ausentarse por algunos días para cumplimentar a una misión diplomática — explica Margarit con melancolía.

—¡Ah!, la diplomacia exige sacrificios.

—¡Demasiados! — suspira la baronesa, tristemente.

—Pero a las damas toca sacrificarse a su vez. ¡Sonría, Margarit, o nos fallará la luz esta noche! ¡Sonreirá seguramente cuando se entere de la sorpresa que le reservo!

—¿Una sorpresa?

Se dispone tío Carlos a contestar, cuando a sus espaldas suena una voz que le hace volver la cabeza con alegría.

—Tío Carlos!

El que acaba de llegar es su arrogante sobrino Eberhard.

—¡He aquí la sorpresa! — exclama el anciano tío presentando su sobrino a la baronesa.

—¡Eberhard! ¡Usted?

—¡Margarit!

Tío Carlos, sonriendo satisfecho deja a los dos jóvenes, que no salen de su asombro feliz.

Por su alegría, por sus miradas y sus palabras entrecortadas y trémulas, se advina en seguida que no es la primera vez que ambos jóvenes se ven.

En efecto, sus familias están emparentadas. Eberhard y Margarit crecieron juntos, y juntos vivieron, en los primeros años de su juventud, un idilio que acercó sus corazones. Luego la vida les separó, a él para llevarle a la Universidad, a ella para confiarla a la sociedad.

La inevitable chispa que brota de la yesca de sus corazones les salpica los ojos y revela la huella imperecedera que el tierno e inocente idilio dejó en sus corazones.

—¿Qué es de su vida, Margarit? — inquiere Eberhard mirándole en el recuerdo de aquellos días con dulzura y respeto.

—Vea, Eberhard, ya soy una dama: no en vano han pasado los años. Y usted, ¿ha terminado la carrera?

—Todavía no, pero se terminará pronto y a mi vez me habré convertido en un hombre. Tío Carlos está muy contento.

—Yo también, Eberhard... ¡Cuánto tiempo sin verle!

—Mucho, Margarit, ¡He pensado tanto en nuestras cosas dormidas! ¡He deseado tanto volverla a ver! ¿Se acuerda de nuestros amores en Demmin?

—Sí; ¿quién puede olvidarlo?... pero, es mejor que no hablemos de ello, Eberhard — replica la baronesa con dolorosa nostalgia.

—Por qué? ¿Fui irreverente?

—¡Oh, no! es que tengo el alma hipersensibilizada.

—¿Qué es como decir dolorida, Margarit? ¿No es feliz en su matrimonio?

—Sí... estoy bien, muy bien, Eberhard...

—No; usted sufre, no podrá escondérmelo: bien aprendí a leer las alternativas de su alma a través de sus ojos.

—No me torture, Eberhard... Hablemos de otras cosas...

—No puede ocultármelo... — insiste el joven con la ardiente vehemencia con que años antes le hablara de amor.

—No debemos esforzarnos en conseguir la quimera de una felicidad absoluta, Eberhard.

—Quizá no, pero estamos obligados a llenar los vacíos que una ausencia continuada de realidades felices produce en nuestro corazón... Mañana hay un baile esplendoroso en el Metropol. ¡dígame que iré conmigo!

—¡Imposible, Eberhard!; mi situación no es la de antes; estoy casada...

—Es exagerada. Se acabó el tedio, Margarit. Mañana iremos al Metropol, no rehuse... déme la sensación de una realidad preciosa con que soñé en los años más divinos de mi vida.

Margarit siente las dulzuras de la tentación esparcirse en la horrible soledad de su alma; el ruego de Eberhard es tan apasionado que no tiene fuerzas para proseguir en su negativa y mira al joven en esta forma rendida e

inepelable en que el corazón consiente y se doblega ante todos los dictados y las decisiones de la voluntad.

Dejemos esta escena para trasladarnos un momento al salón de modas.

Sentada en uno de los butacones que se destinan a los clientes que vienen para ver desfilar los figurines vivientes, hay una bella y elegante señorita. Acaba de adquirir un riquísimo vestido de noche, que admira junto con su acompañante, un caballero como de cuarenta y cinco años, irreprochable y elegantemente vestido.

Este caballero es Hama Hegedorn y es un solterón libertino cuya vida descuenta entre faldas y besos.

La dama es una danzarina del Metropol, su amante, por supuesto.

La danzarina quiere llevarse el traje consigo, pero Hegedorn, proyectando un doble golpe con Selle, a la que corta con estériles resultados desde algún tiempo, le propone:

—No cargues con el paquete. Vamos a pasear un poco y sería enojoso Encarga que te lo traigan mañana por la noche al mismo Metropol.

—Es verdad, Hegedorn; que me lo traigan mañana al camerino — asiente la artista.

Llegada la noche, Selle, por expresa voluntad de Hegedorn, es encargada de llevar el vestido al Metropol.

Hegedorn la espera a la puerta del salón de modas.

—La acompañaré hasta el camerino, pues los salones son muy intrincados... y luego, si quiere, podrá quedarse en el Metropol y pasar allí la velada como las grandes damas, o bien, si prefiere, podrá ir, con mi compañía, a otro lugar más discreto, — confiere el mujeriego solterón.

El vasto salón del Metropol aparece en todo su ver-sallesco esplendor.

Damas bellísimas, centelleo de joyas se mezclan con la densa esplendur negra de los fracs masculinos.

Al fondo del salón, que alumbran caprichosas y preciosas lámparas de cristal, aparece una concha gigantesca, que proporciona a la fiesta una sensación legendaria muy a propósito para soñar los sueños y las glorias imposibles de la vida.

Selle, conducida por Hegedorn, llega al camerino de la danzarina para entregarle el precioso vestido.

Hegedorn la espera en el vestíbulo, prometiéndole una noche de glorias.

Dejemos por un momento en paz al pretendido cazador de ingenuas y trasladémonos a uno de los pasillos que conducen a los palcos.

Un empleado con lujosa librea avanza por él y deteniéndose ante el número 3, abre su puerta para dar atento paso a dos personas. Son Eberhard y Margarit.

El apuesto joven viste irreprochable frac, y la baronesa cubre sus venusinas formas con el maravilloso abrigo que le vimos adquirir recientemente en el salón de modas.

Esta radiante y al lado de Eberhard respira visible e inevitablemente el júbilo íntimo de idílicos recuerdos.

—¡Espléndido!; le agradezco el bien que me hace, Eberhard.

—¿Por qué no nos tuteamos, Margarit? ¡Me recordará esto tantas cosas bellas!... ¡Me siento feliz como entonces!... ¡Cómo pudimos dejarnos!

—No sé; hablamos de la fiesta, Eberhard — replica la baronesa en un brusco asalto de nerviosidad.

—¡Imposible! Te he llevado aquí para hacerle revivir nuestros antiguos madrigales... para verte sonreír.

—Ya no somos niños; nuestra situación es muy seria. ¡Quiera Dios que Steldendorff no se entere de que he estado aquí contigo!

—¿Qué ocurriría?

—Sería horrible, Eberhard!

—Tanto?

—Mi esposo es terriblemente celoso... pero, no, no vendrá; se encuentra fuera de Berlín. No puede resistir el que vaya sola a estas fiestas.

—¡No estás sola!

—¡Ya! Esto es lo que me espanta más.

Mientras Margarit pronuncia estas palabras, en la vasta escalera marmórea que conduce a los palcos del otro lado del fastuoso salón del Metropol aparece, subiéndolelos, una figura que la haría estremecer. Es Steldendorff, su marido.

Ha querido el diablo que se produjera una variación

en el plan de obsequios a ofrecer a la delegación extranjera, optándose por llevarla al extraordinario baile del lujoso Metropol.

En efecto, al lado de Steldendorff, y contrastando con la indumentaria común de los asistentes a la velada, se ven las exóticas vestiduras de los delegados extranjeros.

Steldendorff les lleva a un palco que está situado frente al que ocupan su esposa y Eberhard.

Obedeciendo a este impulso masculino que es una mescolanza instintiva de curiosidad y vaga injuria, Steldendorff, de pie en medio del palco, se pone a curiosear, uno tras otro, los del otro lado, en los que aparece un primor indescriptible de elegancias.

En cuanto sus ojos se posan en el palco que ocupan Margarit y Eberhard, se estremece.

—¡Díralo que es Margarit! — ruge para sí, sordamente. — Y éste... sí, es un caballero que la acompaña; en tal caso...

Steldendorff no conoce todavía a Eberhard.

Como la distancia que separa los palcos es muy grande, nuestro celoso diplomático, trémulo de pasiones, busca sus eatalejos de salón.

En este momento, si antes quiso el diablo conducir al rígido y celoso Steldendorff al Metropol para que viese a su mujer, quiere ahora Dios evitar la catástrofe y hace que Eberhard, viendo a Steldendorff, a quien no conoce, mirarla tan insistenteamente, dice a la baronesa:

—¿Conoces a aquel caballero? Hace un momento que te está devorando con la mirada. ¡Se sentirá deslumbrado por tu belleza!

Apenas Margarit dirige la vista al palco que le indica Eberhard, se levanta como herida por un rayo, pálida.

—¡Dios mío, esto es incomprendible, horrible! ¡Es mi marido!

—¿Steldendorff? — inquiere Eberhard, alarmado.

—¡Sí! ¡Dios mío! ¿Me habrá conocido? He de irme; no te muevas tú del palco, ¡adiós!

Margarit sale precipitadamente, dejando a Eberhard solo, en el palco, nervioso y desconcertado.

Mientras tanto, Selle, cumplido su encargo, sale del

camerino de la danzarina tomando la dirección del vestíbulo en que Hegedorn la está esperando.

Quiere la Providencia que en el momento en que se dispone a entrar en él, Margarit, tribulada, salga para embocar la escalera.

Apenas la baronesa ve a la simpática y sencilla dependienta, que, por supuesto, conoce bien, tiene una idea luminosa, una idea oportunísima e ingeniosa, propia de mujer puesta en aprieto.

—¡Señorita Selle! — llama.

—¡Oh! señora baronesa, vengo de...

—¡Sí, lo supongo! Por favor, Selle, necesito que me ayude, que haga lo que le digo, sin preguntarme nada — la interrumpe Margarit, al tiempo que, quitándose el precioso abrigo, lo coloca sobre las espaldas estupefactas de la dependienta. —Póngase bien el abrigo y vaya, vestida con él, al palco número 3. Encontrará allá un caballero: dígale que va de parte de la señora Steldendorff. Esto es todo. ¡Pronto! ¡Gracias! ¡Adiós, Selle!

Expresar el estupor de la gentil y tímida dependienta ante tal hecho, sería imposible.

Habituada a la obediencia, y por otra parte, fiel y leal por temperamento, sin reacción posible, no atina a hacer otra cosa que dirigirse con paso de autómata al palco indicado por la baronesa.

Temerosa, lenta, con el corazón en suspenso, abre la puerta. Al ver a Eberhard, siente que el suelo escapa a sus pies, que... en fin, está bajo el influjo de un sueño de cenicienta.

—Señor, perdón... me manda la señora Steldendorff...

—¡Ah! Sí... es verdad — trata de disimular Eberhard, desorientado en el primer instante.

Mas, rápidamente reacciona e imaginándose lo que ha ocurrido, da mentalmente gracias a Dios por la lúcida idea de Margarit.

—¡Síntese, señorita...!

—Selle.

—Acomódese... Bien, señorita Selle... Así...

La sencilla dependienta, trémula, pálida, envuelta en el rico abrigo, es más encantadora que nunca.

Eberhard se sienta a su lado, mudo, turbado por primera vez en su vida ante una mujer.

¿Qué cosa extraña pasa por el corazón del futuro diplomático? Sus ojos no se quitan del rostro de Selle, la cual logra sonreír con una suavidad esplendorosa para Eberhard.

La muchacha lee una esperanza vaga titilante como un punto de luz en cielo nocturno en los ojos ardientes de su acompañante.

¡Qué noche Dios mío! En este momento se acuerda de que el maduro Hegedorn la está esperando en el vestíbulo.

—¡Oh! ¡Señor...

—Eberhard.

—Señor Eberhard, perdóneme un momento; vuelve al instante, estaré de vuelta dentro de un segundo, se lo aseguro.

Y sin esperar la concesión por parte de Eberhard, Selle sale como una centella y llegando al vestíbulo espeta al paciente Hegedorn, partiendo por la mitad sus ilusiones de una noche:

—No me espere más; puede irse. ¡Adiós!

Y se vuelve, dejándole con la palabra en la boca.

Durante esta breve ausencia de Selle, Steldendorff, roido por los celos, ha abandonado su palco, dirigiéndose hacia el que ocupa Eberhard, que abre sin solicitar la necesaria venia.

Nuestro joven, al oír vulnerada la puerta a sus espaldas, vuelve la cabeza encontrándose con la mirada nerviosa de Steldendorff que busca, en vano, en el palco a la mujer que viera desde el otro lado.

—Está ocupado, caballero — previene Eberhard, fingiendo con esto tomar la brusca e indelicada irrupción por un error involuntario.

Steldendorff se retira sin desplegar los labios, pero con la duda en el corazón.

A los pocos momentos, Selle está de vuelta, más dueña de sí y con la cabecita desbordando ilusiones.

Eberhard al verla otra vez después de tan breves minutos de ausencia siente como si un búcaro de flores volcarse su dolorosa carga en su alma llenando en ella, con felicidad, un vacío antes terrible y sangrante.

—¿Acaso es usted amiga de la bárcena? — pregunta a la recién llegada, ya un poco impaciente por establecer lo que, aun suponiéndolo, no puede prescindir.

—Sí, señor... sí, somos bastante amigas...

El amor es, además de ciego, casi mudo, y al terminar el baile, Eberhard y Selle se han dicho pocas cosas más en lenguaje sonoro que las que han expresado arsientemente y eloquientemente sus ojos.

El enamorado galán la acompaña hasta donde Selle le permite.

—Volveremos a vernos, Selle?

—Sí...

—Mañana por la noche la esperaré aquí. ¡Adiós, Selle!

—¡Adiós, Eberhard!

Nuestro futuro diplomático queda un instante pensativo mientras contempla alejarse a Selle, que desaparece entre las villas del modesto barrio. Parece más pálido y en su semblante, antes risueño en estos lances, se diría que pasa un aliento de vida nueva.

Mientras Eberhard lucha con las olas desconocidas en el mar de su corazón, la borrasca celosa que bate el alma de Steldendorff arrecia y nuestro diplomático, al que el misterio de la dama del palco, que, sigue creyendo era su esposa, le ha intrigado y excitado todavía más, improvisa unas excusas para sus huéspedes y se dirige disparejo hacia su casa con la idea de sorprender la ausencia de su esposa, o algún detalle que revele indiscutiblemente que ha estado en el Metropol.

Rígido, erguido y desconfiado el severo Consejero de Estado penetra en el dormitorio de su mujer.

Margarit se halla en cama leyendo, al parecer, tranquilamente.

—¡Oh! Steldendorff, ¿eres tú? ¡Cuán pronto has vuelto! — exclamó la dama fingiendo una sorpresa que no puede tener.

—Sí — contesta secamente el diplomático, visiblemente desorientado por la rapidez con que su esposa ha vuelto a casa, si es que ella era la del palco.

Después de un instante de laboriosa reflexión y embrionario silencio durante el cual no ha quitado la vista del rostro de Margarit, turbado, inquieta.

—Muy pronto te has acostado.

—Sí, sin ti me aburro; estaba fatigada, triste...

—Y el abrigo de pieles, ¿dónde lo tienes? — inquiere Steldendorff clavando sus ojos en los de Margarit con un centelleo de triunfo al comprender que ha hallado en el momento de su mayor turbación la trampa en que ha de caer su esposa, si es culpable.

—Lo he devuelto al salón de modas para un arreglo. Es cosa de detalle que me resolvieran pronto — replica la baronesa sin vacilar.

Y añade, hábil, para interceptar la corriente fantástica de dudas de su esposo.

—Pues pienso estrenarlo en la velada que celebrará el tío Carlos el próximo viernes, a la que ha venido a invitarnos.

Steldendorff sale de la estancia con la misma duda de cuando entró, roido por los celos y dispuesto a no cejar hasta haber aclarado el enigma de la dama, que, llevando el rico abrigo de su esposa vió en el palco acompañada de un caballero.

Al día siguiente, Eberhard y Selle vuelven a verse, refugiándose en un modesto café.

La joven está radiante, se ha acicalado con un primor coquetón que fascina, y esto sin trasponer el límite en que su proverbial y divina sencillez pudiese sentirse adulterada.

Eberhard no logra quitar de ella su mirada soñadora desde el instante en que se han sentado, frente a frente, en una discreta mesa del establecimiento.

—He estado pensando continuamente en usted desde que nos despedimos, Selle.

La joven mira a su galán y no tiene fuerzas más que para sonreír.

—Me siento otro... ¡quiero ser otro! Usted es milagrosa... milagrosa, sí, Selle; y también un poco misteriosa...

—¿Misteriosa?

—Así la veo. Todavía no sé nada de usted...

—Eberhard, quizás he sido imprudente, o demasiado precipitada, o excesivamente egoísta... Un abismo nos separa. Yo no soy una gran dama como usted supone, sino para...

una sencilla dependienta del gran salón de modas — confiesa Selle bajando los ojos con rubor.

—¿Y bien? Me siento feliz; ahora ya sé a quien amo.

Selle mira a Eberhard como si despertase de un sueño.

Al salir del café, Eberhard, acompaña a su amada hasta el pie de su casa, una humilde casita de un barrio modesto.

—Soy pobre, Eberhard, ya ve. Mi madre es jardinera, así ayuda a engrosar mi sueldo y logramos vivir sin tropezones.

—Me gusta su casita, Selle... ahora ya la conozco; me gusta como es. ¡Adiós, Selle!

—¡Adiós, Eberhard!

Al día siguiente, nuestro enamorado joven al repasar mentalmente los hechos del día anterior se da cuenta de que en la turbación emocionada de la despedida se distrajo de dar a Selle día para nueva cita, y con la irreflexión propia de los enamorados manda a uno de sus criados al gran salón de modas con una carta para la joven con la orden de esperar contestación.

El doméstico se persona en el lujoso establecimiento, entregando el pliego a la muchacha.

Eberhard la invita a asistir a un baile para el día siguiente.

Selle, que en su ilusión encantada comienza a experimentar el temor inevitable de que por consecuencia de las profundas diferencias sociales que la separan del hombre, a quien ama ya con toda la fuerza de su corazón, su idilio pueda verse un día truncado en flor por un instante de vacilación.

Finalmente, la fuerza de sus sentimientos vence y contesta a Eberhard que irá.

Apenas el criado ha salido del establecimiento llevándose la feliz respuesta, el director del salón, hombre de pocos amigos y mucha fiebre de negocio, que ha estado observando la escena se acerca a Selle, reprenditivo.

—¿A qué ha venido este hombre?

—No tiene importancia.

—Selle, hasta ahora se ha portado usted con una seriedad y discreción ejemplares, pero desde algún tiempo observo en usted algo extraño que me desagrada. Me dis-

gustería tener que volver a insistir que soy *pesto amigo* de las intrigas de mis empleados.

Selle no ha faltado a la cita, en la que las flores del amor han derrochado raudales de felicidad.

Así llega el viernes, día que el tío Carlos tiene señalado para la recepción.

Como es natural, asiste Margarit, y esta vez coincidiendo, excepcionalmente, con la disposición de su marido la vemos llegar acompañada de él.

Steidendorff arrastra todavía la estela pertinaz de su atormentada duda que los celos cuidan de alimentar con nuevos elementos. Se le ve desconfiado y vigilante como una atalaya de su honor.

Tío Carlos los recibe con alegría, distinguiéndoles con preferencias de parentesco.

—¡Al fin veo la parejita junta! — exclama.

—Alguna vez temí que ser — replica Margarit esforzándose por disimular la congoja que invade su corazón.

En este momento llega Eberhard, sonriente y leñiz, pues acasa de verse con Selle.

—¡Ah! Aquí está. Nunca ha sido capaz de llegar con puntuabilidad — exclama tío Carlos. Y añade seguidamente, acercándose a Steidendorff con su sobrino. — Señor Steidendorff, tengo el gusto de presentarle a Eberhard, mi sobrino a quien usted no conocía todavía.

Apenas el consejero clava sus ojos en Eberhard se estremece, mirándole un instante escrutadoramente.

Margarit tiembla.

—Diría que le he visto antes de ahora — declara desafiadador, el diplomático.

—Sí, es posible — replica Eberhard valientemente y aguantando la mirada insistente de Steidendorff sin pestañear. — También a mí me parece haberle visto antes, aunque no puedo precisar donde.

—En el Metropol — afirma Steidendorff dilatando sus pupilas celosas para descubrir en Eberhard el relámpago de su culpabilidad. — En un palco; creo que se encontraba usted acompañado de una elegante dama...

Tío Carlos, que está lejos de sospechar la causa de tal insistente y extraño diálogo, media con su bondad de

solterón feliz, sin pensar que con sus palabras va a agriar y a agudizar la viva herida del consejero.

—¡Sería algún antiguo amor...!

—No, esta vez no era un antiguo amor — replica con firmeza Eberhard, clavando sus ojos en los de Steidendorff. — era uno nuevo.

Seguidamente Eberhard besa la mano a Margarit, que respira con satisfacción.

Steidendorff ha leído tal sinceridad en la afirmación del joven que su rostro vuelve a la luz de la confianza en su esposa, terminando así, la velada felizmente.

Hemos llegado a la mañana del siguiente día y nos encontramos en el gran salón de modas.

De pronto Selle es llamada al teléfono. Como de costumbre, quien la requiere es Eberhard, enamorado perdido, que no vive más que de su pensamiento.

La llama para invitarla a un baile aquella misma noche, cosa que Selle acepta sin vacilación de su amor ardiente.

Cuando sale del locutorio el director la espera ya, intrigado.

—Está usted empeñada en tornarse misteriosa a mis ojos. Lo logrará y habremos terminado.

Selle comprende que ha entrado en una fase delicada de su vida. Mil dudas acongojantes la asaltan: las diferencias sociales con su enamorado, el peligro de perder el empleo...

Sin embargo, apenas llegada la noche, acude puntualmente a la cita.

Los dos jóvenes se sientan en una mesa discreta del salón.

—Háblame, Selle; todo el día he estado esperando este instante para oírté frases dulces.

—Soy feliz, Eberhard, no sabría decirte otra cosa... si esto te sabe a dulzura...

—¡A ambrosía, Selle!

—Pero, tengo miedo...

—¿Miedo?

—¿Estás seguro de ti mismo, Eberhard?

—¿Por qué hablas así, hoy?

—Quizá seamos un poco irreflexivos... yo soy una dependienta, tú eres un aristócrata. Algun día te verás obli-

le ocurre y que permita salvar el nombre de la baronesa y de su amado Eberhard.

—¡Oh, señor Steldendorff!, perdóname... no pude resistir la tentación y la primera vez que la señora baronesa trajo el abrigo en vez de llevarlo al taller me lo puse para asistir con un amigo mío al baile del Metropol.

Steldendorff sonríe, malicioso. Poco puede suponer que Selle se juega su pristina reputación para salvar la de su esposa.

En cuanto a la generosa dependienta tampoco llega a imaginar que con su inventiva, puesta a prueba por primera vez en su vida, acaba de retornar la completa confianza al corazón atormentado del celoso diplomático.

—¿Es esto verdad? — pregunta Steldendorff con alegría — ¿Fué usted la que estaba en el palco en la noche del baile con el abrigo de mi señora?

—Sí, señor.

—¡Gracias!

Y esto exclamando Steldendorff sale del establecimiento sintiendo la mayor felicidad de su vida.

Dejemos al consejero de Estado gozar de la calma de sus celos y trasladémonos al modesto hogar de Selle.

La madre de la joven, habiendo observado en ésta desde algún tiempo un profundo cambio en sus sentimientos, le pregunta qué le ocurre. Al enterarse que tiene relaciones amorosas con un aristócrata le aconseja, dolorida:

—Hija mía, tu amor es una quimera. Entre las cosas que son tenidas por sacrilegas en la sociedad hay una que horroriza a los hombres por encima de todas y es la de que se acerquen y se mezclen dos sangres separadas por diferencias de dinero.

—¡Es que me ama con locura, madre!

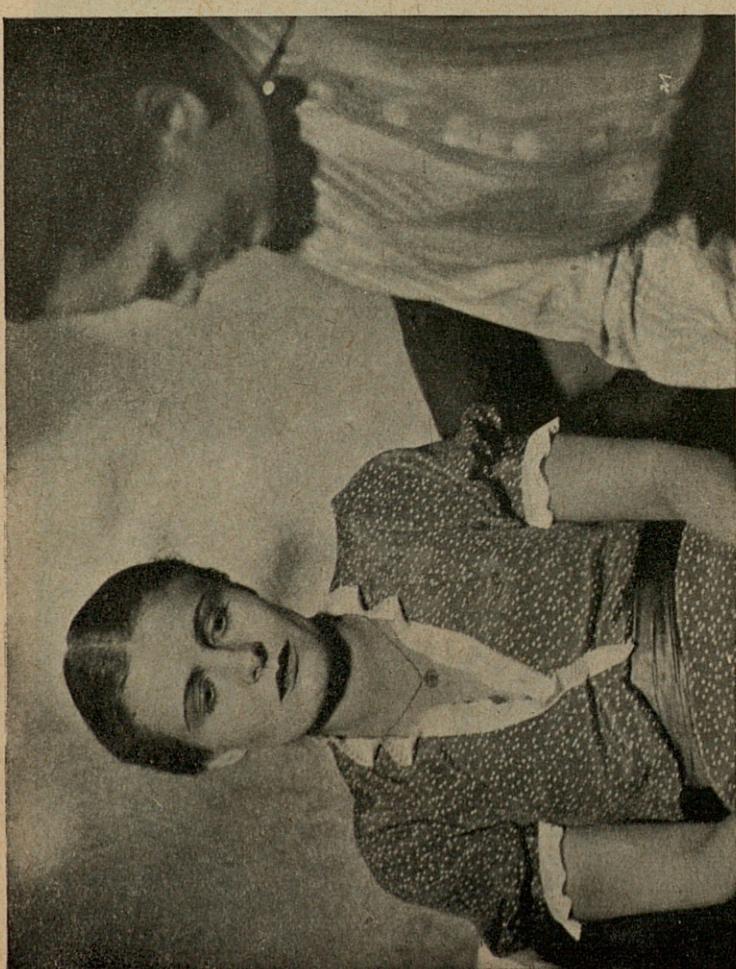
—Este es lo peor: que está loco y no es dueño de sus actos. Te lo digo por tu bien, hija mía.

Al día siguiente, como de costumbre, Eberhard y Selle se encuentran para hablar de sus amores.

Persiste todavía en el espíritu de la joven el eco triste de las prudentes palabras de su madre, cuando Eberhard le dice:

—Mañana no podremos vernos, bella mía; hay una fiesta en el Trecadero y estoy obligado a asistir.





La buena madre entra en la habitación de Selle cuya cabecita ...

Selle siente como una puñalada en el corazón.

—Tú eres feliz, Eberhard. Mientras yo permaneceré encerrada en el taller, tú gozarás del gran mundo. ¡Cuántas mujeres mucho más bonitas que yo podrás admirar!

—¡Cália, Selle, con estas palabras me torturas! ¡Te hallo cambiada hoy! ¿No has advertido que acabo de decirte que no iré al Trocadero por mi voluntad, sino "obligado"?

—Sí... no lo dudo. Pero nuestros amores no durarán. Eberhard, te presiento. Habié sido el capricho tuyo de la sencillez, de la insignificancia. ¡Tu eres grande y yo pibeza!

—¡Cália, cália...! No, Selle, ¡te amo... te adoro! ¿No me adivinas de rodillas ante ti ahora, y antes, y siempre? Toda mi vida me verás así. Eres mi primer auténtico amor, mi sueño real, yo no puedo dejarte, no te dejaré, no pararé, te lo juro, Selle mía.

Eberhard no mintió. A las primeras horas de la tarde del día siguiente le vemos en el Trocadero elegantemente vestido.

Ha tenido que asistir por imposición de su tío Carlos, quien persistiendo en su obsesión de casarle con la condesa Eva Kress, aprovecha todas las oportunidades para acercarles; y la del Trocadero, ha de ser una de ellas, ya que la condesita, hábil y entusiasta amazona, no puede faltar a la aristocrática fiesta.

En un palco vemos al tío Carlos y a Margarita.

—¿Y Eberhard? — inquiere la baronesa.

—No tardará. Le ordene asistir y vendrá. Quiero aprovechar la ocasión para obligarle a entrar en contacto con la condesa Kress... ¡Ah, aquí la tiene!

En efecto, la trivina condesita llega acercándose al tío Carlos y a Margarita para saludarles.

A los pocos momentos, y cuando la condesita se ha retirado ya para ir a buscar su caballo, Eberhard llega.

—¡Margarita, querido tío! — saluda respetuosamente.

—¡Ah, buena pieza! Nunca eres puntual. ¿Con su venia, baronesa? — se excusa el tío Carlos llevándose a su sobrino cogido del brazo hacia las caballerizas en que acaba de desaparecer la condesita Eva.

Tío y sobrino encuentran a la amazona dispuesta a montar a caballo.

—Eva, es mi deseo que instruya usted bien a este futuro diplomático — presenta el tío Carlos, al tiempo que se retira.

La condesita, naturalmente, conoce a Eberhard, el cual no le disgusta, aunque no es capaz de mostrarse amorosa, pues, sus múltiples ocupaciones de mujereita moderna no le dejan tiempo para ello.

—¡Le vemos muy poco, Eberhard!

—¡Ocupaciones!

—No se olvide de que el papel de un diplomático se juega en sociedad y no en soledad.

—Gracias, Eva, no lo olvidaré.

De un saito, bulliciosa, casi despectiva, la condesita monta a caballo, exclamando:

—Es usted descortés y olvidadizo, peor para usted. Hasta luego, Eberhard.

Nuestro simpático joven ve alejarse a Eva con satisfacción. Necesita reconocimiento y soledad para embebecerse en el recuerdo de su amada Selle.

\*\*\*

Steldendorff visita a tío Carlos para solazarse, inevitable egoísmo de los hombres, ahora que ya se encuentra completamente sosegado, en la crítica del enamorado Eberhard.

—Su sobrino no me parece todavía muy equilibrado para entrar en el mundo diplomático. Anda lido todavía en muchos amoríos que no son precisamente la honra de la familia.

—No lo crea, Steldendorff. Eva Kressl lo tiene dominado ya. Eberhard la ama y se casará con ella. Después de este casamiento vendrá el sosiego.

—Alguien más que Eva Kressl juega en el corazón de su sobrino, von Carlos — insinúa Steldendorff con toda picardía.

—¡Explíquese!

—Vigile a Eberhard. Me consta que tiene frecuentes entrevistas con una dependienta y que fué con ella al baile del Metropol. Esto cuadra poco a un barón.

—¿Con una dependienta?

—Sí, la encargada del gran salón de modas — afirma Steldendorff.

Aquel mismo día, tío Carlos, indignado, se persona en casa de Selle.

Va decidido a persuadir a la joven que debe renunciar a sus amores con Eberhard. La voz de la sangre manda en él y no puede desoirla.

La misión no es fácil. Tío Carlos entra en la habitación de Selle con decisión combativa, mas, en cuanto ve a la joven se siente arrabado por su sencillez y su dulzura y afloja los ánimos. Tío Carlos es todo sensibilidad y por poco se declinaria a salir de la casa sin desplegar los labios dejando las cosas como están, pero ya es demasiado y debe llegar hasta el fin.

—Señorita Selle... yo quisiera que usted llegara a comprender cuán doloroso es para mí verme obligado a romper el encanto de sus amores... pero, es necesario. Usted ama a Eberhard, ¿verdad?

—Sí, le amo con toda mi alma — declara emocionada, Selle, presintiendo una catástrofe.

—Amor es sacrificio, Selle; si le ama de verdad yo le ruego que no interrumpa su carrera, que no permita que sea una vergüenza para nuestro linaje. Olvidelo, Selle... no vengo a pedirle nada más.

—¡Olvidarlo! ¡No podría! ¿Lo haría usted, puesto en mi situación, si alguien se lo pidiese? — inquierte la joven, anogada por el dolor.

Tío Carlos siente un nudo en la garganta que le impide contestar al momento.

—Hemos de atender a las realidades; no nos torturemos en figuraciones ni invisiones — puede replicar, al fin. — El hecho es que Eberhard ha de acabar su carrera y ha de ser un diplomático. Si se casa con usted lo perderá todo: fortuna y porvenir. Selle, ¿verdad que le desengaño? ¡Hágalo por su bien!

—Sí, lo haré — promete la joven en un trágico suspiro.

Apenas tío Carlos sale de la estancia, Selle hunde su cabecita dolorosa en sus manos temblorosas, convulsionada por amargo llanto.

Por su parte, el tío Carlos, no menos dolorido, al pasar

por el comedor, en donde la madre de Selle espera el resultado de tan dolorosa visita, le dice:

—Señora, vaya al lado de su hija, que la necesita.

La buena madre entra en la habitación de Selle cuya cabecita acerca amorosamente a su regazo.

—Hija mía, ¿qué te pasa?

—Madre, quiero morir! — sciloza la joven.

—¿Algo sobre tu Eberhard?

—Sí, no puede ser mío!

—¡Pobrecita mía! te lo advertí. Ahora es ya demasiado tarde para tu corazón.

Tío Carlos, apenas llegado a su casa, hace comparecer a Eberhard.

—Estoy enterado de tus amores con Selle y espero que no te obsesionarás en destrozar tu vida — le dice.

—No es esto lo que busco, tío; precisamente se trata de cimentarla con un hogar.

—Y esto es bueno, sobrino mío, pero con quien pueda ofrecértelo sin vergüenza.

—Sin vergüenza?

—Esto es.

—No puede haber vergüenza en mi matrimonio con Selle.

—Debe haberla, por cuanto ella ha renunciado ya explícitamente a ti.

—Selle ha renunciado? ¡No puede ser!

Y sin esperar contestación, Eberhard se dirige a casa de su enamorada.

—Selle, ¿verdad que es una infamia lo que me acaba de decir mi tío?

—No, Eberhard, es la pura verdad.

—¿Es posible? ¡Selle! Si temes nuestras diferencias sociales yo puedo reiterarte la verdad de mis juramentos con un hecho decisivo: huir contigo.

—No, Eberhard. Démolo todo por terminado; tú continuarás tu vida de grande y yo seguiré siendo una dependienta. Todo habrá sido un pasatiempo.

—¡Un pasatiempo! ¡Debía haberlo supuesto! No me has querido nunca y por añadidura pretendiste apuntarte una victoria jugando con un aristócrata desde tu humildad. ¡Adiós!

Eberhard abandona la casa, desesperado, con el propósito de no volver a pisar su suelo, y Selle busca un consuelo imposible en el llanto que la ahoga.

Mientras pasa esta borrasca destructora en el cielo de los dos enamorados, en casa de Margarit ocurren hechos transcendenciales.

La condesita Eva Kress se encuentra en ella visitando a la baronesa, a la que le une fiel amistad.

Las dos mujeres están hablando de sus cosillas cuando entra Steldendorff en el salón. En este momento Margarit sale para ir a buscar a otra habitación algo que ha prometido enseñar a su amiga.

Eva y Steldendorff quedan un instante solos y la condesita, con la idea de ofrecer una justa ilusión al marido de su amiga, exclama con la mayor buena fe.

—Margarit estaba monísima con el abrigo el otro día!

—Dónde la vió usted?

—En el Metropol. ¡Fue la admiración de todo el mundo!

—En el Metropol? ¿Está usted segura? — inquiere Steldendorff arrugando la frente y sintiendo la garra de los celos reforzarle el corazón.

—Claro: yo estuve allá también!

Steldendorff no puede aguantar ni un segundo más y se dirige al gran salón de modas pidiendo hablar con la señorita Selle.

—Señorita, vengo decidido a escuchar de sus labios la verdad definitiva sobre el misterio de los remiendos del abrigo de mi esposa, porque he sabido que la mujer que lo vistió en el Metropol no era usted.

—Afírmelo que era yo.

—Miente, me consta. ¡Diga quién era! ¡Usted lo sabe!

—Era yo, nadie más que yo — insiste, estoica, la dependienta.

—Hablaré a la dirección sobre sus intrigas y será despedida por deshonrar la casa.

—No puedo decirle nada más. Hable con la dirección si esto ha de satisfacerle.

Steldendorff, convencido de que será inútil cuanto insiste y no pudiendo dominar el agujón de los celos, habla al director revelándoselo todo.

Selle es despedida, pero, ni una sola protesta sale de

su generoso corazón, que, privado de acercarse al de Eberhard busca en el propio sacrificio y en el heroísmo los únicos senderos por donde caminar.

Steldendorff, ya seguro, a pesar de la negativa de la dependienta, de que su esposa estuvo en el Metropol con Eberhard, saliendo de la casa de modas se dirige directamente al encuentro del joven, al que afea su conducta, desafiéndole para saldar la cuenta con honor.

Eberhard acepta obligado por su orgullo, aunque dolido por la injusta infamia que esto supone para la honra de Margarit.

La nueva del próximo duelo ha traspuesto los muros de la cámara en que se concertó y una amistad de Selle, que se ha enterado, cuenta a la dependienta el próximo acontecimiento.

Selle, desesperada, sunera su triste situación de miseria y abandono ante el peligro que corre Eberhard, al que sigue amando con toda su alma, y telefona rápidamente al tío Carlos enteréndole del desafío.

Nuestro hombre al que la dependienta no se ha olvidado de contar todos los norteamericanos del drama, se propone evitar el desafío y va a visitar a Steldendorff.

—No se desafiará Steldendorff, porque es inteligente y sabe que esta situación la ha determinado usted mismo con su carácter adusto y su abandono a Margarit.

—Yo sólo sé que Eberhard fué al Metropol con mi esposa!

—Sí, es verdad, pero para evitar que su prima se muriera de tristeza, pues cada vez que usted se marcha se convierte en una verdadera dolorosa. Pero, ¿no ha advertido todavía que su esposa está loca por usted, que le ama, que sufre cuando la deja, que...? ¡en fin, que es usted un chiquillo, Steldendorff!

El tío Carlos ha dado con el resorte al decir al consejero que Margarit le ama con locura. El rígido diplomático, halagado en su amor propio y en su vanidad, retira el desafío, exclamando:

—Tío Carlos, le quedo en sentida deuda de gratitud por haberme abierto las puertas de la dicha conyugal.

Acto seguido, nuestro empedernido solterón se dirige

al encuentro de Eberhard al que tras breves forcejeos disuade, a su vez, del desafío.

Cumplida su delicada y difícil misión, el anciano se acerca a la chimenea, y tomando un par de cigarros, entrega uno a su sobrino llevándose el otro a la boca.

—Fumemos el cigarro de la paz — dice.

—Eres un excelente diplomático, tío. Tu obra es de un mérito indiscutible.

—Otros méritos hay superiores al mío, como el de Selle, por ejemplo — explica el tío Carlos como quien dice la cosa más indiferente del mundo.

—¡Selle! ¡La detesto! ¡No me hable de esta mujer! ¡Ha jugado conmigo como con un cachorro!

—¡Eh! ¡Cállate, estúpido! ¡No sabes que es la criatura más generosa que pisa la tierra, que es un ángel de sacrificio?

—¿Cómo? ¡Ha dicho...?

—¡Sí, no he dicho, pero, voy a decir: que fué ella quien me enteró del desafío que proyectabáis, rogándome, con voz que adviné anegada en lágrimas, a través del teléfono, que lo evitara, que es como decir que evitara tu muerte...

—¡Tío... es increíble! ¡Me permites que le dé las gracias?

A un signo afirmativo del tío Carlos, Eberhard arrebata materialmente el auricular del teléfono llamando a la casa de modas.

—¡La señorita Selle?

—No trabaja aquí desde hace algunos días — le contestan.

Eberhard cuelga el teléfono, y exclama, nervioso.

—¡No trabaja ya en el salón de modas! ¡Qué habrá ocurrido?

—¡Naturalmente! ¡Ha ocurrido, sencillamente — contesta en uno de sus arranques fuertes, el tío Carlos, y convertido en paladín esforzado de la causa de la desgraciada Selle — que la despidieron por obstinarse en negar que Margarit estuvo contigo en el Metropol con el fin de salvar su nombre y el tuyo!

—¡Tío, esto es sublime! ¡Selle ha de ser mía! ¡Una

criatura así no volveré a encontrarla nunca! Dí, tío, ¿verdad que dejas que nos casemos?

— ¡No!, un diplomático no puede entroncarse con rangos diferentes al suyo.

— ¡Puedo abandonar la carrera diplomática! ¡No será tan monstruoso!

— ¡No! — contesta por segunda vez el anciano resistiéndose a rendir sus armas de guardador de la tradición con tanta facilidad.

Pero volviéndose de espaldas a Eberhard, que está ansiosamente pendiente de sus decisiones, reflexiona un instante. Luego sonríe: ha descubierto el alma de su amado sobrino, digno vástago de los Camarlenzo, y siente orgullo.

Encarándose otra vez con él rectifica con graciejo.

— ¡Sí, ve y vuelve pronto trayéndome a esta divina criatura!

Eberhard sale disparado y momentos después estrecha entre sus brazos a Selle, a cuyas lágrimas de felicidad une un beso apasionado.

— ¡Juré hacerte mi esposa y lo cumpliré!

Selle no tiene ya aliento más que para rendirse al ósculo infinito de su amado.

FIN

## Editadas

- \* Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Tailor e Irene Dunne.
- \* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- \* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- \* — 4. *La vida de la Roheme*, por Martha Egger y Jan Kiepura.
- \* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- \* — 6. *Cuando volvamos a amarmos*, por Margaret Sullavan.
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- 8. *La tumba india*, por La Jana.
- 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
- 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones, Edward Keene y Fred Kohler.

\* Agotadas.

## En preparación

*El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.

*El Rapto*, por Gustav Frölich y Walt Jansen.

*La excentrica*, por May Rolson.

PUBLICACIONES CINEMA  
PASEO SAN JUAN, 91  
BARCELONA

